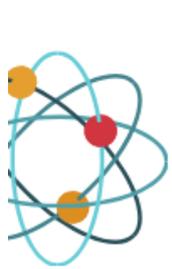


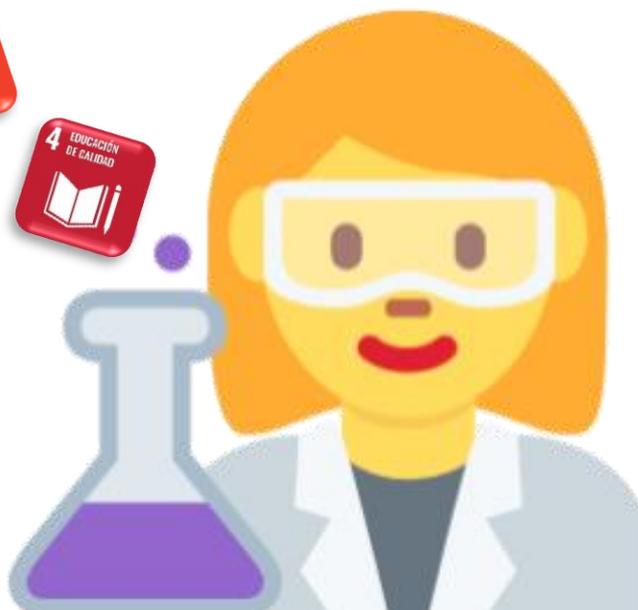
## LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS.



## 2º PREMIO

# LA VACUNA CRISTÓBAL

## Ainhoa A. V- 10 años



Rosa Cristóbal era una adolescente que estudiaba en el instituto, le encantaban las ciencias y las plantas. Vivía en una finca un poco apartada del pueblo, su padre era pastor, su madre cocinera y tenía dos hermanas y un hermano.

A la hora de la cena le contaba a su padre todo lo que aprendía en el instituto y todo lo que investigaba de plantas al terminar las clases.

Un día al terminar de cenar notó a su madre y a sus hermanos preocupados y que hablaban en bajo, les preguntó que ocurría y éstos le contaron que llevaban unas semanas notando que a su padre se le olvidaban cosas básicas. Se iba en pijama con las ovejas, volvía a casa a comer a horas que no eran y a veces incluso volvía sin las ovejas.

Al papá de Rosa no le gustaba ir al médico y como él decía que no le pasaba nada pues no iba. Entre todos decidieron llamar al médico para que viniera a la finca a ver al padre. Tras muchas pruebas y varias visitas al hospital, obligado por que el seguía sin querer ir, le diagnosticaron Alzheimer.

La familia se desesperó y se entristecieron porque es una enfermedad sin cura, larga y dura.

Cuando volvieron a casa Rosa se puso a pensar cómo ayudarle antes de que la enfermedad avanzara más. Aunque no estaba muy avanzado el Alzheimer en su padre decidió hacerle una grabación de voz que le puso como despertador en la que le recordaba su nombre, el de su madre y hermanos, donde vive... Lo más importante, pero desde luego eso no era suficiente.

El tiempo iba pasando y la enfermedad iba avanzando y más deprisa de lo que esperaban.

Inventó unos chicles de varios sabores, su padre cogió un par de ellos y se los comió mezclados. Ese día notaron que su memoria no fallaba tanto, incluso recordaba cosas que llevaba meses olvidando, pero el día que no comía el chicle, empeoraba o eso le parecía a Rosa. Y si lo comía de un solo sabor tampoco notaban mejoría.

Ella continuó estudiando plantas, hacía té que su padre tomaba, pero todo lo que le mejoraba era el estómago, incluso los dientes los tenía más blancos, pero con lo memoria no habían hecho ningún avance.

Decidió hablar con su profesora de ciencias y le contó el diagnóstico de su padre y todo lo que había probado hasta ahora. La profesora de ciencias se llamaba Toñi, le dijo que quizá las plantas no fueran suficiente, pero era lo único que podía probar en su padre sin ponerle en riesgo. Ella le iba a ayudar a buscar una cura, en el laboratorio y probándolo, pero no en personas. Todos los días después de clase iban al laboratorio y hacían pruebas.

Un día Rosa no fue ni a clase ni al laboratorio, Toñi la llamó preocupada. Su padre estaba ingresado porque ya ni comía ni nada. Una semana después, para tristeza de todos, murió.

Cuando terminó la carrera empezó a trabajar en un laboratorio en el que también estaba Toñi, fue ella quien la llamó para trabajar allí, buscaban curas para varias enfermedades, entre ellas, el Alzheimer.

Rosa nunca se dio por vencida en su búsqueda por la cura, si no pudo ser para su padre sería para otras personas. Nunca descartaron las plantas con las que Rosa hizo los chicles, ahora tenían una vacuna con los mismos ingredientes, hierbabuena, romero, diente de león, violeta, tierra lunar y agua del hielo del polo norte, pero estaba en pruebas todavía.

Pasaron los años y fue ella quien desarrolló la enfermedad, decidió ponerse la vacuna sin que nadie la viera. No notó nada, ni en ese momento ni en ninguno, ya que no perdió la memoria en ningún momento, tampoco desarrolló comportamientos que indicaran que la enfermedad avanzaba, había funcionado la vacuna en ella.

Siguieron pasando los años y como seguía sin perder la memoria ni padecer síntomas de la enfermedad empezaron a poner la vacuna a otros enfermos, fue todo un éxito, funcionaba en el 98% de los enfermos.

La vacuna Cristóbal la llamaron, en memoria de su padre.

